

Responsabilidad de la intelectualidad cubana en la consolidación de los mitos del discurso ideológico, la propaganda y la represión política

Responsibility of the Cuban intelligentsia in the consolidation of the myths of ideological discourse, propaganda and political repression

Amir Valle
Escritor

Resumen

En los estudios literarios cubanos se hace referencia a la participación de la intelectualidad cubana en los procesos sociales ocurridos en la isla desde los mismos inicios de esa nación. Aunque gran parte de esos estudios hablan del protagonismo de los intelectuales en la lucha contra el poder colonial español, y las dictaduras o las democracias corruptas en la primera mitad del siglo XX, solo unos pocos hablan sobre la responsabilidad intelectual en la consolidación de los mecanismos de censura, represión cultural y política en el período revolucionario (1959 hasta el presente). Basado en su experiencia de cuatro décadas como protagonista de la cultura cubana en la isla y la diáspora, Amir Valle reflexiona sobre este fenómeno.

Palabras clave: intelectuales, Revolución cubana, represión.

Abstract

Many Cuban literary studies refer to the participation of the Cuban intellectuals in the social processes that took place on the island since the very beginnings of that nation. Although most of these studies speak of the leading role of intellectuals in the struggle against Spanish colonial power, dictatorships or corrupt democracies in the first half of the 20th century, only a few speak of the intellectual responsibility in the consolidation of the mechanisms of censorship, cultural and political repression in the revolutionary period (1959 to the present). Based on his four decades of experience as a protagonist of Cuban culture on the island and in the diaspora, Amir Valle reflects on this phenomenon.

Keywords: intellectuals, Cuban Revolution, repression.

¿Por qué los intelectuales cubanos abrazaron “la Revolución”? Es una pregunta que salta en cualquiera de los análisis sobre lo sucedido en Cuba a partir de 1959 con el triunfo de Fidel Castro contra la dictadura de Fulgencio Batista, en lo que fue el inicio de la todavía llamada (algo increíble) “Revolución cubana”, quizás el proceso histórico que más fobias y adhesiones ha despertado en toda la historia de la intelectualidad internacional. Si no se tiene en cuenta qué sucedía cultural e intelectualmente en Cuba en esos años, todo análisis terminará en fracaso. Y es que, apartando esa luminosa realidad de la fórmula, no podría comprenderse la fuerza descomunal de la propaganda “revolucionaria” contra la llamada “Seudorrepública”, sin dudas, la primera estrategia censora y represora del pensamiento social impuesto precisamente por los intelectuales que se subieron al carro del poder de los rebeldes vencedores en la Sierra Maestra.

“En el terreno de la cultura, el pensamiento social y el periodismo, Cuba, antes de 1959, era un páramo desolador”. Esa frase, curiosamente, se ha

repetido a lo largo de las seis décadas de propaganda revolucionaria, y millones de personas inteligentes, en la isla o en otras partes del mundo, la han aceptado como una certeza absoluta, pese a su falsedad y a lo sencillo que es hoy encontrar fuentes históricas directas serias y fiables que echan por tierra esa mentira repetida que, mediante esa repetición como indicaría Joseph Goebbels, ha llegado a ser aceptada como una verdad por millones de personas, muchos de ellos intelectuales, artistas y escritores de todas las tendencias ideológicas.

No se trataba de una cultura masificada (quizás el verdadero logro cultural de “la Revolución” haya sido ese: la masificación y un acceso gratuito e igualitario de la población a todos los estratos de la formación cultural y el disfrute de la cultura como espectáculo), pero los testimonios, documentos históricos e informes de las instituciones internacionales anteriores a 1959 demuestran que el desarrollo de la cultura cubana, pese al tamaño de la isla y a no sobrepasar los 7 millones de habitantes, era sólo superada por la poderosa y creciente industria

cultural norteamericana, y países de Europa como Francia, Alemania e Inglaterra, aunque justo es decir que estos apenas superaban a Cuba en algunos aspectos muy puntuales del ámbito cultural.

Aunque los propagandistas culturales de la Revolución cubana no lo mencionen todavía en sus análisis, si nos limitáramos a observar fríamente el desarrollo infraestructural y tecnológico alcanzado por aquellas áreas vinculadas a la cultura, veríamos lo siguiente: más de 600 cines; 58 revistas, 126 periódicos y 160 emisoras de radio (que publicaban o transmitían cubriendo los intereses de todas las tendencias ideológicas, políticas o religiosas existentes en la isla); estudios de televisión que eran considerados los más adelantados tecnológicamente del mundo, incluso por encima de Estados Unidos; en el ámbito de la impresión internacional, ya desde finales del siglo XIX, La Habana era considerada “La Ciudad de las Imprentas”, llegando a existir en 1958 cerca de 500 imprentas –contabilizando privadas y estatales– en todo el país. Todo esto ocurría en una isleta que, según la ONU y la UNESCO, ocupaba el tercer lugar en América Latina en infraestructura y desarrollo educacional, y cuyo índice de analfabetismo (un 23%) la colocaba como la segunda mejor nación iberoamericana (aún por encima de España) en este renglón.

Más allá de lo antes apuntado *grosso modo*, no tenemos espacio para detenernos en esa luminosa escena nacional, pero es importante señalar que, durante años, como muestra clara del orgullo nacionalista cubano, ha circulado masivamente, primero de modo impreso y en los últimos tiempos a través de internet, un curioso documento que resume los más importantes hitos en nuestra historia, política, sociedad y cultura, en los cuales Cuba o los cubanos estuvimos a la cabeza del mundo antes de 1959. Es un documento cuyas aportaciones son fácilmente verificables y que pueden ofrecer a cualquier interesado un acercamiento más puntual y abierto al escenario intelectual y cultural previo a “la Revolución”.¹

Regresemos entonces a la pregunta: ¿Por qué los intelectuales cubanos abrazaron “la Revolución”? Es una pregunta que, a riesgo de parecer reduccionista, podría responderse de un modo bien simple: pese a la prosperidad y el nivel internacional alcanzado en ciertas áreas de la sociedad cubana, el país necesitaba cambios profundos en otros aspectos, entre ellos la corrupción administrativa, el gangsterismo organizado, el clientelismo político hacia

Estados Unidos, la distribución desequilibrada de la riqueza nacional, la desigualdad entre el campo y la ciudad, e incluso se precisaba alcanzar cotas más amplias de desarrollo en aquellos asuntos, como la educación, la salud y la vivienda, en los que Cuba, según organismos internacionales, se encontraba adelantada respecto a otros países de la región, y en los cuales, se avanzaba cada año desde fórmulas instauradas por una imperfecta, pero existente democracia.

A ello se sumó el impacto nacional y el descontento social que produjo la coartación de ese entorno democrático con el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, encabezado por un conocido político (que había presidido el país en dos ocasiones: en 1933 mediante un golpe de Estado, y en 1940, por elecciones democráticas): Fulgencio Batista al ver que claramente no resultaría ganador en los comicios convocados para junio de ese año.

En esas aspiraciones populares de cambios tuvo un destacado protagonismo la intelectualidad cubana. Era lógico que así sucediera: desde el siglo XVIII, los intelectuales habían ido adquiriendo cada vez más presencia en las luchas sociales y políticas por construir una nación libre de esas taras. Esa participación queda evidenciada, por sólo poner algunos ejemplos, en momentos como las luchas por la Reforma Universitaria en 1923; el alcance de los proyectos generados por el Grupo Minorista en 1927; la unidad y protagonismo de periodistas, escritores y otros líderes del pensamiento social cubano en la llamada “Revolución del 33” que sacó del poder al dictador Gerardo Machado y permitió el retorno del país a la democracia; el tejido intelectual visible en prominentes figuras de la cultura cubana que contribuyeron a la elaboración de la Constitución de 1940, considerada la más avanzada del mundo en su época, o el activismo periodístico, mediático e intelectual que propició la aceptación social casi masiva de Fidel Castro, una figura polémica sobre la que gravitaban antes de 1953 las sombras negras de probadas acusaciones de asesinato, revanchismo político, contubernio con las peores fuerzas del gangsterismo nacional, abiertas traiciones a proyectos en los que en sus años de líder estudiantil había participado..., en fin una desconfianza casi absoluta hacia su honestidad como individuo y como político.

“La Revolución” –que como se sabe, originalmente fue la conjunción, e incluso el acuerdo pactado, de los intereses de todo el espectro político

nacional en torno a un propósito: derrotar a Fulgencio Batista y recuperar la democracia— era el único camino que parecía conducir hacia un país más tranquilo, menos corrompido y sangriento que el que Batista había implantado tras el golpe de Estado de 1952, de ahí el apoyo que desde antes del triunfo recibió un Fidel Castro que, utilizando su seductor camaleonismo —repito, ayudado por una plataforma de propaganda creada por los sectores pensantes de la sociedad, léase intelectuales, periodistas, escritores, artistas de alta credibilidad popular—, fue dando pasos ágiles e inteligentes para que el resto de las fuerzas políticas se le subordinaran.

Uno de esos pasos, al mismo tiempo una prueba de su capacidad de establecer estrategias demagógicas de largo alcance, fue su discurso de auto-defensa en el juicio tras haber sido apresado luego del intento fracasado de conquistar los Cuarteles Moncada, en Santiago de Cuba, y Carlos Manuel de Céspedes, en Bayamo, el 26 de julio de 1953. Como ya se conoce, fueron Haydée Santamaría y Melba Hernández², participantes también en dicho asalto, quienes luego de cumplir sus siete meses de prisión se ocuparon de la divulgación clandestina del folleto “Mensaje al pueblo de Cuba que sufre”, donde Fidel explicaba a los cubanos cómo habían sido salvajemente masacrados más de 50 revolucionarios apresados en esa acción. Haydée y Melba, con la complicidad de impresores, librerías, intelectuales, periodistas, estudiantes y profesores universitarios, etc., tuvieron también la responsabilidad de editar y distribuir las palabras de Fidel durante el proceso judicial en su contra, documento posteriormente llamado “La Historia me absolverá”. Ese documento, diría Carlos Franqui³,

maquiavélicamente apelaba a los deseos de todos los cubanos, incluidos muchos de los militantes del propio Partido Auténtico, al que pertenecía Batista. Fue una primera demostración de su manipuladora capacidad en ese arte de movilizar conciencias abismalmente distintas alrededor de un propósito que él ya tenía claro: liderar toda la inconformidad social, centrar todas las esperanzas nacionales en lo que él y sus escasos seguidores incondicionales prometían hacer por Cuba. La coincidencia de esas promesas con lo que muchos soñábamos fue lo que faltaba para que casi todos, tanto la *Intelligentsia* nacional como esa parte mayoritaria del pueblo que siempre sigue a los líderes más con el corazón que con la cabeza, lo pusieramos en el centro de

nuestra fe, atontados por el mazazo de su carisma, su oratoria y sus engañosas estrategias.⁴

A la negación propagandística de las luces de esa Cuba próspera que, intentando recuperar la democracia, convirtió a Fidel Castro en el máximo líder de un proceso lleno de sueños y esperanzas populares — campaña que, como se ve, fue elaborada intelectualmente y concretada en la práctica por reconocidos intelectuales, la mayoría de ellos militantes en partidos de izquierda—, se sumó la estrategia del “divide y vencerás”, la más perfecta máxima del castrismo para mantener a raya a toda la población. La gama de métodos es tan amplia que podría escribirse un manual de cientos de páginas: desde imposiciones simples, aunque drásticas, como prohibir el intercambio de correspondencia familiar con parientes “traidores” o amigos que abandonaron el país,⁵ hasta absurdas reglas como enseñar a los niños en la escuela a desconfiar del compañerito de aula que viene vestido con “ropas burguesas”, o la velada imposición (“es un honor revolucionario”, decían) de denunciar secretamente a aquel vecino cuyo nivel de vida se vaya “sospechosamente” por encima del nivel de vida de otros vecinos.

¿Quiénes idearon y llevaron adelante ese proceso a nivel nacional? Los intelectuales. En este período, encabezados por comisarios culturales de altísimo nivel intelectual como Juan Marinello, Mirta Aguirre, Carlos Rafael Rodríguez, Alfredo Guevara, Edith García Buchaca, Raúl Roa, y un amplísimo grupo de amanuenses que secundaban sus orientaciones desde los distintos departamentos creados en esos inicios para gestionar las labores de la cultura, la educación y la información.

A ellos, y a quienes les han continuado en esa labor, en distintas etapas, se debe la imposición como norma de las etiquetas denigrantes para quien se opone, se aísla o apuesta por el exilio. Construyen así una representación casi táctil en el imaginario cultural de los estratos creativos del “dentro” y el “fuera”, dignificándose artificialmente la creación y los creadores que hacen su obra “dentro” (de los límites ideológicos y geográficos pautados por los estrategias culturales de “la Revolución”). Adquiere también así matices similares a lo infernal el impresionante universo cultural e intelectual que la emigración ha ido conformando en la diáspora a lo largo de seis décadas. Se extienden así, como contagiosas “realidades”, el credo de que es absolutamente imposible la existencia creati-

va lejos de las raíces culturales: “si te vas de la isla, jamás podrás inscribir tu obra en la historia de la cultura cubana, simplemente mueres como creador porque perderás tus esencias patrias”; método que ha paralizado a buena parte de los creadores cubanos de cualquier manifestación. Se asume así, como mecanismo oportunista o forzado de supervivencia, de competencia, y de simulación, la satanización de todo aquel que muestre independencia de pensamiento o acción, alguien de quien la mayoría renegará o huirá con el asco teatralizado (y público, el rechazo debe ser público para que las autoridades sonrían, complacidas) como el que se huye de un leproso.

A todo eso, para quienes decidimos quedarnos y hacer valer nuestras ideas en medio de este rebaño de ovejitas baladoras de las delicias y maravillas de la Revolución, hay que sumarle que perdemos muchas zanahorias. Los comisarios tienen sus oficinas llenas de esas zanahorias con las que compran fácilmente a quienes no logran despojarse del miedo o a los que se suman con alegría y desvergüenza a la farsa cultural del Gobierno. Pueden ser 100 CUC (Peso Convertible Cubano equiparado en valor al dólar norteamericano) para que los viejos escritores, antes castigados por homosexuales o contestatarios, ahora puedan llevarse algo mejor de comer a sus bocas medrosas,⁶ o pueden ser viajes a eventos culturales de poca trascendencia en *países amigos* del régimen, o puede ser la publicación rápida de sus libros en editoriales nacionales. La única exigencia es no intentar salirse del corral, y balar lo más alto que se pueda las consignas políticas que orientan Abel Prieto y, como diría la genial Juana Bacallao, “*sus secuaces*”,

dice el escritor y bloguero independiente Ángel Santiesteban.⁷

Dentro del discurso intelectual con el que estos comisarios culturales pretenden consolidar la plataforma propagandística de la Revolución destaca el “supuesto” alto nivel de desarrollo cultural conseguido desde 1959 hasta la fecha. La palabra “supuesto” aquí no significa negación, sino cuestionamiento del verdadero alcance de ese desarrollo. Es innegable que tal desarrollo propició que miles de cubanos de todas las clases sociales tuvieran (y hayan tenido hasta hoy) acceso, generalmente gratuito, en primer lugar a la formación en escuelas, institutos e instituciones estatales de

fomento de las diversas manifestaciones del arte, distribuidas hasta en los lugares más remotos de la geografía insular; y en segundo lugar, en la promoción nacional y visualización del talento artístico resultante, a través de una amplia red de editoriales, eventos, premios y espacios de todo tipo. También vale señalar que, luego de la Campaña Nacional de Alfabetización que convirtió a Cuba en el país del Tercer Mundo más adelantado en ese índice, el Gobierno insistiría en sucesivas y prolongadas Campañas Nacionales por la Lectura, lo que permitió que el nivel de lectura del pueblo cubano estuviera entre los primeros del mundo: según las estadísticas, cuatro de cada cinco cubanos tenía el hábito de leer, al menos hasta los años 90, cuando ese índice empezó a caer en picada, junto a la estrepitosa caída de la calidad en todos los niveles de la educación.

Comisarios, amanuenses y tontos útiles (estos últimos en Cuba y fuera de Cuba) insisten en que tal desarrollo se debió, además, a otro de los logros en el terreno de la cultura, que también empezaría a declinar en los años 90: la subvención estatal para la realización material de todo tipo de productos culturales; subvención que ciertamente no había existido de modo tan amplio en toda la historia de la cultura cubana hasta 1959. Por sólo poner un ejemplo, gracias a esas subvenciones, un libro que costara más de un peso cubano era considerado un libro caro hasta mediada la década del 90, pues se hacían ediciones de decenas de miles de ejemplares, que podían adquirirse en la amplísima red de librerías en todo el país a precios que oscilaban entre los 60 y los 85 centavos en pesos cubanos. Lo mismo sucedía con el precio de la entrada a los cines, teatros, e incluso a expresiones artísticas consideradas usualmente caras a nivel internacional como los conciertos de música clásica o el ballet, manifestaciones en las que, durante las primeras décadas del período revolucionario, Cuba adquirió notoriedad internacional por la alta calidad y la singularidad de las escuelas cubanas en la formación profesional de concertistas y bailarines.

Ahora, la pregunta que, desde los primeros momentos, ninguno de estos comisarios culturales pudo responder y que comenzó a torturar a los creadores e intelectuales “inconformes” era: ¿y las libertades de expresión y pensamiento? Seguida esa interrogante de otras que hacían más complicado, e incluso peligroso, conformar respuestas: ¿de qué sirve enseñar a leer a un pueblo, si luego se ponen límites ideológicos a lo que se lee?, ¿puede

hablarse de un verdadero desarrollo si enseñamos masivamente a crear y luego encauzamos esa capacidad de creación por los caminos rígidos trazados por la propaganda ideológica de un partido único?, ¿no es una contradicción crear una red nacional de talleres literarios y otras estructuras para promover la creación literaria y luego impedir mediante la censura ideológica la publicación de centenares de obras que, cada año, muestran una cara de la realidad cubana que no es la que los estrategas de “la Revolución” quieren mostrar?, ¿cómo entender que se les haga creer a los creadores e intelectuales que “la Revolución” les ha permitido lograr sus sueños de expresión y luego bloquear la difusión internacional de esa expresión, si no se ajusta estrictamente a la imagen que la estrategia de la propaganda cultural cree que el mundo debe conocer sobre lo que sucede en Cuba?

Hay un innegable error que ninguno de estos defensores a ultranza del “sueño revolucionario cubano” quiere reconocer: pretender que la creación artística, literaria e intelectual sea parte del entramado propagandístico de un grupo ideológico en el poder, promoviendo como el resultante natural del hervidero del alma de una nación, es una idea aberrante y anticientífica.

Se trata de un error, repito, porque es imposible que la cultura se conforme solo de aquellas miradas que resulten convenientes al poder. De ahí los profundos abismos conceptuales, los errores de interpretación y las hipótesis enlodadas de reduccionismos que vemos en la mayoría de los estudios académicos que pretenden demostrar cualquiera de los dos extremos del “tema Cuba”: que la isla es el paraíso de la cultura en el mundo actual, o que la cultura cubana producida en la diáspora es inmensamente superior a la cultura generada dentro de Cuba.

Aunque estos intelectuales al servicio del poder político en Cuba insistan en crear muros divisorios, nadie conseguirá entender cabalmente qué es la cultura cubana, separando lo que muchos estudiosos han llamado “las dos orillas”, especialmente y en las circunstancias actuales, porque si bien en los primeros años se podían establecer espacios estancos bien diferenciados, a partir de la emigración masiva y constante de varias generaciones de cubanos, los puentes, vínculos, puntos de contactos e incluso contrapuntos del diálogo cultural isla-exilio son tan evidentes que –poco a poco y, repito, pese al freno que han intentado imponer los

comisarios culturales de “la Revolución” o algunos sectores radicales del exilio– han ido creando un escenario donde las divisiones artificiales se van diluyendo y se avanza hacia ese necesario espacio de confluencias en la diversidad que existía en Cuba antes del triunfo revolucionario.

“Todos contra los apóstatas” parece ser el lema que esgrimen, con similar ceguera y fanatismo, la intelectualidad cubana plegada al régimen de la isla y la intelectualidad de izquierda a la hora de valorar la creación artística y cultural de la diáspora. Se trata de otra de las grandes maniobras censoras en las cuales los intelectuales son responsables, convertidos por decisión propia en “guerreros ideológicos de la Revolución cubana”.

Ya en 1971, en varias de sus entrevistas a raíz del escándalo internacional por el Caso Padilla⁸, el escritor cubano Guillermo Cabrera Infante deslizó frases como “cuando un escritor cubano sale de Cuba, se convierte en un fantasma” o “parece que los cubanos que tuvimos que salir de Cuba, a los ojos del mundo dejamos de serlo”. Y en 1987, otro reconocido escritor cubano, Reinaldo Arenas, exiliado desde 1980, le confesaba a su amigo, el escritor Carlos Victoria: “lo más difícil es ver cómo todos pretenden hacernos entender que no somos cubanos desde que escapamos”. Ambos, Cabrera Infante y Arenas, se referían preocupados a una circunstancia contra la que tuvieron que luchar apenas plantaron un pie en el exilio: la dificultad de que un exiliado, aun cuando su obra sea de una excelencia y una cubanía indiscutible, alcance el reconocimiento internacional, pues parece existir el consenso tácito y silencioso –atentaría contra lo políticamente correcto hablar de algo así, tan injusto y excluyente– de que cuando un cubano abandona su tierra deja de ser un genuino representante de su cultura. Segregacionismo que, por cierto, no se le aplica a ningún otro artista, escritor o intelectual latinoamericano que decide buscar nuevos horizontes fuera de su tierra y su cultura, excepto, más recientemente, en los casos de Venezuela y Nicaragua, países que han seguido el modelo impuesto por el régimen cubano para la cultura y el pensamiento.

Nada ha cambiado en ese aspecto hasta hoy, y los actuales comisarios, ayudados por intelectuales de la izquierda internacional y financiados por las embajadas cubanas en la mayoría de los países del mundo siguen estableciendo estrategias de freno a “los traidores”: los cubanos que han decidido apostar

por el exilio, o que –como en mi caso– fueron forzados al destierro y mantienen sus posturas críticas hacia “la Revolución”, vagan por el mundo civilizado y democrático marcados por la cruz de ceniza de esa supuesta traición. Sólo aquellos que han decidido bajar la cabeza, atemperar sus críticas políticas y “dialogar” (no existe tal diálogo, es obvio) con sus antiguos represores, logran despojarse de esa negra marca y reciben los beneficios de la promoción nacional del Gobierno cubano, así como los apoyos y condescendencia para sus obras de sectores importantes del universo de la promoción internacional, que tal parece vuelven a considerarlos “representantes” (aunque no sean tan genuinos, incluíbles) de la cultura cubana.

Vayamos a un ejemplo: a raíz de un curioso suceso en la Feria Internacional del Libro de La Habana, en febrero de 2016: la visita de editores norteamericanos interesados en publicar en Estados Unidos la literatura cubana, el novelista Antonio Álvarez Gil (2016) escribió en una de sus columnas para la revista *OtroLunes*:

¿De la Isla? ¿Por qué solo de la Isla? ¿Es que los cientos de colegas que viven fuera de su patria no son dignos de ser conocidos en el país del Norte? Yo, que no soy tan buen conocedor, conozco a un buen número de excelentes narradores y poetas cubanos que viven allí mismo, en Miami, Nueva York o en otras muchas ciudades norteamericanas. Son escritores que escriben mayormente sobre Cuba, sobre su gente y sus conflictos. Si de repente a los editores norteamericanos se les ha despertado el interés por las letras de la Isla, ¿por qué no traducen y publican a alguno de los excelentes autores cubanos que viven en aquel país? Los tienen muy cerca. ¿Por qué no se interesan por ellos, por su obra, encomiable en muchos sentidos? ¿Acaso no escriben sobre esa misma Cuba que ahora parece resultar tan interesante?

¿No significará todo esto que los escritores cubanos del exilio son doblemente discriminados, doblemente castigados? Pues sí, de veras lo son. En su patria se les detesta por suponerlos simpatizantes del enemigo exterior. Y en la casa de ese mismo enemigo tampoco han sido ni serán, al parecer, jamás reconocidos. ¿Acaso los cubanos son menos cubanos si viven lejos de la Isla? ¿Quién ha dicho que fuera de la patria no se puede escribir sobre la patria?

¿Dónde crearon Martí, Heredia, Carpentier su obra cumbre? [...]

En Europa las cosas no están mucho mejor para quienes nos dedicamos a la creación literaria. En alguna ocasión escribí que, para muchos editores en este continente, el escritor cubano es interesante solo si vive en la Isla. Una vez “suelto” por el mundo, una vez libre de cualquier atadura política o ideológica —una vez libre— pierde el atractivo extraliterario que busca el cazador de escritores exóticos. [...] Nadie que no haya pasado por él, puede imaginar el drama del escritor cubano en el exilio. Un drama que afronta con el solo equipaje de su mayor o menor talento literario, su vocación y su fuerza de voluntad. El cambio en su vida es tan dramático que puede significarle el fin de muchas cosas. Como resultado de este salto al vacío, numerosos escritores con obra contrastada en nuestro país han visto naufragar sus carreras sin poder explicarse cabalmente los motivos de su mala fortuna. Lo único que comprenden es que llegan a países con centenares de editoriales que se resisten a tomarlos en cuenta. (p. 58)

La escenografía para este drama es complicada: además de asumir con entereza ver cómo su nombre y su obra desaparecen –a veces de golpe, a veces abruptamente– de los espacios culturales, estudios e investigaciones, e incluso de los diccionarios de arte o literatura donde alguna vez se les incluyó como ejemplos, el creador o pensador cubano ya en el exilio tendrá que enfrentarse al desprecio de los años de su carrera profesional y de su obra por parte de la inmensa mayoría de las editoriales, revistas, instituciones o promotores de la cultura internacional; tendrá que hacer frente a la sostenida guerra, pública o silenciosa, de los representantes de la intelectualidad de izquierda internacional, asentados por desgracia en importantes puestos de decisión de entidades “capitalistas” vinculadas a la cultura, desde donde siguen mirando a Cuba nostálgicamente y aplicando las denigraciones y consignas “revolucionarias cubanas” contra esos exiliados traidores; estará condenado, además, a plegarse o luchar contra el capillismo cultural de muchos exiliados cubanos (también asentados en revistas, editoriales o instituciones de cierto poder promocional) que ni siquiera viviendo en libertad han sabido despojarse de la mirada excluyente de la cultura con fórceps que aprendieron de sus represores cubanos, y si alcanza algún reconocimiento deberá saberse en la mira de las trampas, ataques y

campañas difamatorias de las representaciones diplomáticas cubanas en el país donde vive o de los comisarios culturales y colegas “domesticados” u oportunistas que viajan al exterior y asumen con miedo o alegría la misión de lanzar el descrédito sobre la vida y obra de esa oveja negra que, pese a todo, ha triunfado fuera de la isla. No por gusto hay tantos “lobos solitarios cubanos” haciendo su obra en silencio desperdigados por el mundo, solo mediante la persistencia y la conciencia de que un creador crea sin que importen las circunstancias.

La política del presidente norteamericano Barack Obama entre 2014 y 2017 de tender puentes a la isla, dejando a un lado la estrategia arcaica e ineficiente de confrontación asumida por las administraciones anteriores, abrió para el Gobierno cubano un escenario para el cual parecía no estar preparado y, nuevamente, los comisarios intelectuales se atrincheraron para evitar que el desequilibrio provocado por esa inesperada situación acelerara la quiebra de una nación ya quebrada en lo económico y social: expertos en el arte de la riposta se vieron sorprendidos por una serie de concesiones en casi todos los terrenos en los cuales estaban acostumbrados a guerrear y tuvieron que dar un brusco giro a sus tácticas para reacomodarlas (y reacomodarse) al juego del diálogo con el enemigo. Y en esas circunstancias, el mayor peligro había sido calculado milimétricamente por los asesores de Obama: los pasos unilaterales asumidos por “el enemigo” borrarían de las cabezas de los cubanos la siniestra imagen que la propaganda castrista (con sus intelectuales a la cabeza) les había inyectado a lo largo de décadas sobre “el enemigo”. De pronto, el pueblo de la isla vivía una situación singular: esperanzado en salir de una vez del agujero económico y social en que la pésima gestión gubernamental de Fidel y Raúl los había hundido, observaban asombrados cómo sus gobernantes (y la propaganda política e intelectual) insistían en las trincheras ideológicas como condición para abrirse al mundo y a su propio pueblo, mientras “el enemigo eterno” daba pruebas concretas de querer que las cosas cambiaran, que Cuba y los cubanos pudieran desarrollar todo su potencial. Y, finalmente, el discurso de Obama en Cuba, ante un Raúl inseguro y avejentado física y mentalmente, diciéndole a la población cubana verdades que los Gobiernos de Fidel y Raúl habían manipulado o escondido, terminó de convencer a los estrategas ideológicos de “la Revolución” de que la herida provocada por aquellas estocadas norteamericanas podría infec-

tarse y corromper incluso lo que ellos llaman “el espíritu indomable de la Revolución”, si no se tomaban medidas urgentes.

La estrategia de contraataque de esa intelectualidad servil se activó apenas Obama dejó Cuba: la prensa, en bloque, comenzó a hablar de “las verdaderas intenciones de Estados Unidos”; la red de historiadores y pensadores oficiales adquirió visibilidad en la televisión coincidiendo en un punto: la reformulación del marxismo ante la “nueva estrategia global del capitalismo”, pues la Unión Europea (el otro cacareado enemigo de “la Revolución”) comenzaba a manifestarse partidario de la estrategia de Obama de conceder–conceder–conceder, aparcando las exigencias del respeto de los derechos humanos y libertades coartadas en la isla, con la intención de, como aseguraban algunos comisarios culturales, “virar al pueblo contra el Gobierno sembrando las dudas”.

Es así que Abel Prieto, quien fuera Ministro de Cultura entre 1997 y 2012 y había pasado a ser ese año el asesor personal de Raúl Castro, vuelve a ser colocado en ese importante cargo. Desde su salida del ministerio, dos ministros le habían sucedido: el primero, un funcionario menor ascendido a ese puesto por su fidelidad, sería destituido por su incompetencia, y el segundo, un eficaz funcionario en otras ramas de la cultura, llegaría también a ser destituido con razones que apuntan todas a algo que no le gustaba a Raúl Castro: Julián González era partidario de favorecer una real comunicación, colaboración e intercambio abierto entre las instituciones culturales cubanas y norteamericanas. Y esto es fácilmente verificable: apenas regresó al Ministerio de Cultura, Abel Prieto implantó una estrategia mediante la cual todas las ramas de la cultura nacional deberían regresar a dos cauces importantes para la radicalización (otra vez) del Programa Cultural de “la Revolución”: el respeto absoluto a la máxima fidelista “Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, ningún derecho”, y el rescate institucional del discurso antinorteamericano: “La política de Estados Unidos nos está serruchando el piso”, aseguró Prieto en reunión del Consejo Nacional de la oficialista Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en la cual centró su discurso en la necesidad de que la cultura luchara contra la política trazada por Estados Unidos para impulsar el sector privado en Cuba y empoderar la sociedad civil, puesto que “la Revolución” considera que son

acciones enemigas emprendidas para destruir el proceso revolucionario desde dentro.

Hasta aquí, como puede verse, la presencia de artistas y escritores, básicamente en su accionar como intelectuales, ha sido vital para la configuración de todas las estrategias censoras y represoras del régimen cubano, ya sea en los tiempos de Fidel Castro, en la llamada “Era de Raúl Castro”, o en la actual gobernatura de Miguel Díaz Canel. Son ellos responsables de las grandes etiquetas denigratorias en el terreno de la cultura cubana: “Rezagados” (término empleado entre 1959 y 1971, señalando que quienes criticaban o se oponían a la Revolución tenían sus mentes ancladas en la Cuba esclava y dictatorial de antes de 1959), “Traidores” (utilizado entre 1971 y 1989, que catalogaba de traición a la patria cualquier disidencia intelectual), “Mercenarios” (impuesto entre 1990 y hasta los sucesos conocidos como “Primavera Negra” de 2003, en el cual fueron apresados más de 70 periodistas opositores, la mayoría de ellos de amplia incidencia en la vida intelectual nacional, quienes fueron condenados por Fidel Castro a penas de hasta 30 años de cárcel) y “Quintacolumnistas” (que es el término al uso desde el 2003 y hasta la actualidad, con especial énfasis desde “el deshielo” propuesto por Obama en 2014).

Han sido ellos también responsables de la consolidación en el imaginario nacional, y también internacional, de mitos utilizados a conveniencia por las diferentes campañas propagandísticas del régimen a lo largo de estas seis décadas: desde esas dos falacias fácilmente rebatibles de la infalibilidad, sabiduría sobrenatural y carisma mesiánico de Fidel Castro, o el humanismo internacionalista de Che Guevara; pasando por la supuesta superioridad universal de la salud y la educación cubanas (algo que ya incluso Raúl Castro en varios de sus discursos en Cuba definió como logros perdidos que era necesario recuperar); deteniéndose en el todavía asumido discurso del “internacionalismo humanista de Cuba”, mediante las brigadas médicas (ocultando que se trata de un lucrativo negocio por el cual la isla recibe 11 mil millones de dólares anuales), hasta los mitos de que la toda intelectualidad cubana apoyó la Revolución ciegamente desde el inicio (basta analizar el éxodo casi masivo de artistas, escritores e intelectuales desde el mismo 1959 y en esos primeros cinco años para descubrir la falsedad de esta afirmación) y de que hoy esa intelectualidad continúa al lado del proceso iniciado seis décadas atrás (lo cual cae por su propio peso

cuando se analiza la necesidad que ha tenido el régimen de reprimir al muy activo y cada vez más amplio movimiento artístico e intelectual, apostando incluso por desterrar descaradamente a las figuras más notorias de esos movimientos, como ha sucedido desde 2018 y sucede en los momentos, febrero de 2021, en que se escribe este artículo).

Triste es mencionar, además de los comisarios culturales que ganaron protagonismo en la represión y la censura cultural en Cuba en tiempos en que aún no estaba tan claro el carácter totalitario y dictatorial del régimen, nombres de creadores que han asumido esa vergonzosa “tarea revolucionaria” de velar, controlar y perseguir a sus colegas de gremio. Si en las primeras décadas, los análisis muestran la responsabilidad de figuras como Juan Marinello, Mirta Aguirre, Carlos Rafael Rodríguez, Alfredo Guevara, Edith García Buchaca, Raúl Roa, Luis Pavón Tamayo, Jorge *Papito* Serguera o Armando Quesada, entre otros (muchos luego desertarían y emigrarían sin pedir perdón o manifestar arrepentimiento, siendo la excepción el escritor y periodista Jesús Díaz, quien sí excomulgó sus culpas pública y muy dignamente) desde los años 80 hasta la actualidad han destacado en esas deleznable funciones escritores como Abel Prieto Jiménez, Miguel Barnet, Nancy Morejón, Fernando Rojas, Eliades Acosta Matos, Alpidio Alonso Grau, Fernando León Jacomino, todos ellos en cargos de alta responsabilidad, y muchos otros desde cargos intermedios o bajos en la amplia estructura cultural cubana. Lamentablemente, es imprescindible agregar que todo el accionar censor y represor concebido y ejecutado por estos comisarios ha sido posible precisamente porque, salvo excepciones, la intelectualidad cubana de la isla y la gran mayoría de las figuras del sector artístico, cultural y educacional, por miedo o conveniencia, ha permanecido en silencio o en posición de testigos mudos de todo ese atropello contra quienes sí han tenido el valor de manifestarse en oposición creativa y de pensamiento a esas políticas en lo particular y, por extensión, a la mal llamada “Revolución cubana”.

Este traspaso de batón del uniforme de censor y represor entre las diferentes generaciones intelectuales que se han arrodillado y aceptado la labor de verdugos de sus colegas que el régimen les ha conferido, hace obvio que nada haya cambiado, salvo

la especialización de los métodos y las caras de esos verdugos.

El ensañamiento de estos comisarios comenzó primero contra el Movimiento de Bibliotecas Independientes, fundado en 1998 por Berta Mexidor y Ramón Colás, en Las Tunas, idea que en pocos meses se extendió por todo el país y que comenzó a ser apoyada por sectores de la población que donaban sus libros de modo clandestino o por residentes en el exterior que hacían verdaderos milagros para dotar de buena literatura a las más de 15 bibliotecas independientes fundadas en esos tiempos iniciales. Posteriormente, en el 2009, se fundaría la Red de Bibliotecas Cívicas “Reinaldo Bragado”, integrada por 44 bibliotecas diseminadas por todo el país, y que además de ofrecer a todo tipo de lectores, sin censuras, literatura variada, historia universal, biografías, deportes, política exterior, economía, revistas, medicina, enciclopedias, películas censuradas, documentales y vídeos sobre la represión interna, publican trimestralmente el magazine cultural *Curacao 24*, organizan numerosas actividades para niños pobres de las comunidades marginales, promueven el concurso para novelas de gaveta Franz Kafka (que se convoca y publica en la República Checa) y sirven de sede a colecciones de artistas plásticos censurados a causa de sus críticas políticas al Gobierno; una labor riesgosa y constantemente reprimida.

En otro ámbito, el del teatro, aunque en la última década las obras del joven dramaturgo Abel González Melo, entre algunos pocos, ofrecen una mirada irreverente y muy crítica sobre la realidad nacional, y han tenido la suerte de ser representadas y, en el caso de González Melo, de ganar premios en la isla (incluido el Premio Casa de las Américas en 2020), esta atmósfera de autocensura y miedo ha aplastado la voz de una manifestación artística que durante décadas fue escenario y reflejo de los grandes problemas nacionales.

También, desde el surgimiento y auge del movimiento de blogueros independientes dentro de la isla y de plataformas en internet de sitios alternativos de comunicación e información, la represión y la censura se ha movido desde el terreno de lo secreto a lo público y oficial. Son, entonces, usuales las llamadas de atención (léase aquí “entrevistas de la policía política” intentando amedrentar a los gestores de esos blogs o medios digitales), los bloqueos temporales o totales en la isla para evitar el acceso de la población a esas fuentes de información, la

detención consecutiva de periodistas o blogueros mientras cumplen sus funciones en sitios públicos, la presión contra el “disidente” a través de sus familiares e incluso los intentos de procesarlos por delitos comunes ante la imposibilidad de demostrar alguna culpabilidad real en las clásicas acusaciones de “mercenarismo” (supuestamente son pagados por enemigos externos de la revolución), “intrusión profesional” (porque sólo periodistas y personas autorizadas por el Gobierno pueden ir por el país recabando información o investigando), o la tan socorrida “colaboración directa con el Gobierno norteamericano o naciones enemigas de Europa”. El colofón de estas maniobras de control censor fue el bloqueo temporal en enero de 2020 de más de 20 sitios webs de importantes publicaciones alternativas o claramente opositoras (*Diario de Cuba, Cubanet, CiberCuba, ADN Cuba, Cuba en Miami, Cubanos por el Mundo, Periódico Cubano, Cubita Now, Todo Cuba, Isla Local, Cuba Trendings, Gracias Cubanos y Gurú*, generadas fuera de la isla, y *Diario 14 y Medio, El Estornudo, Tremenda Nota, Periodismo de Barrio, El Toque, La Joven Cuba* y *OnCuba News*, todas gestionadas dentro del país) lo cual llevó incluso a que un vocero cultural del régimen, de la talla del cantautor Silvio Rodríguez, criticara tal medida, reconociendo que aquello solamente era posible mediante una orientación del Partido Comunista de Cuba, opinión nada descabellada cuando días antes el periodista y escritor Manuel Henríquez Lagarde (2020), director de la web oficialista *CubaSí*, perteneciente al monopolio estatal de telecomunicaciones ETECSA, enumeró los 20 sitios web que, en su opinión, “suelen asumir una postura abiertamente contra la Revolución, o que, desde posiciones seudorrevolucionarias suelen coincidir con las políticas [...] del Gobierno de Estados Unidos contra Cuba”

Mención especial merece la estrategia establecida contra proyectos culturales dirigidos por cubanos en el exterior que promueven la unidad de la cultura de la isla y el exilio: además de los clásicos *Diario de Cuba, Cubaencuentro*, y aparte de los ataques que esporádicamente han recibido en estos años un grupo de revistas culturales dirigidas por cubanos (*Linden Lane Magazine*, de Belkis Cuza Malé; *Palabra Abierta*, de Manuel Gayol, y mi *OtroLunes - Revista Hispanoamericana de Cultura* podrían contar anécdotas muy excitantes de ataques cibernéticos y de otra índole gestionados desde Cuba), o las declaraciones de comisarios cubanos contra proyectos editoriales independientes,

gestionados por exiliados cubanos; entre ellos la editorial *Hypermedia*, fundada por Ladislao Aguado en Madrid. Los más atacados han sido obviamente los gestionados desde Miami, el “eje del Mal” para los comisarios culturales en la isla. Pienso, por sólo poner dos ejemplos, en todo lo que se ha hecho para frenar la excelente labor que realizan Armando Añel e Idabell Rosales al frente de Puente a la Vista y del Festival VISTA, quienes han tenido que sobrevivir incluso a hackeos de sus sitios web, o más recientemente a la revista-editorial *Signum Nous*. Curioso resulta que han sido bloqueados, luego de un período de sospechosa permisividad, incluso proyectos editoriales que intentaron mantener “vías de comunicación” con la isla, como son la cubana *Verbum*, de Pío Serrano (tras su reestructuración y ampliación de perfil con la entrada del escritor y editor Luis Rafael) o la española *Guantanamo*, que llegó a presentarse en una de las más recientes ferias internacionales del libro en La Habana y a premiar en España a renombrados escritores oficialistas antes de comenzar a recibir serios cuestionamientos debido a la inclusión de ciertos autores y ciertos libros, lo que terminó impulsando a su director, el escritor español Daniel Pinilla, a escribir la exitosa novela *Contenido subversivo*, donde cuenta los avatares de esas estrategias de censura en su contra, en medio de un entorno de libros prohibidos y el control gubernamental sobre la cultura.

Europa, Estados Unidos y otras naciones e instituciones internacionales, con sus comportamientos cómplices y sus pactos condescendientes, derivados del oportunismo económico y de la insistencia en actuar dentro de los límites democráticos de lo políticamente correcto en relación con el Gobierno de Raúl Castro primero y, ahora, de Miguel Díaz Canel, pese a que todos reconocen que se trata de una dictadura de izquierda, han legitimado la radicalización del castrismo y permitido un valiosísimo tiempo a los estrategas de “la Revolución” para la transmisión de las estrategias de control político, económico y social de las viejas a las nuevas generaciones: los neocastristas. Y ese traspaso de poder, no es un secreto para nadie, comienza a producirse también en el escenario cultural, en el ámbito de la información y en el intrincado terreno de la promoción internacional del castrismo, como evidencia la aparición de nuevos protagonistas: jóvenes dirigentes culturales de pensamiento radical y camaleonismo suficiente como para dar la idea de ser agentes del cambio, periodistas también muy

jóvenes que se muestran críticos con lo criticable, pero centrándose en “salvar la Revolución desde la reformación del proyecto”, y exiliados (recién llegados a la diáspora o nacidos fuera de la isla, quienes, por añadidura, poseen atributos para cumplir ese requerimiento que el capitalismo exige a los líderes de opinión: hermoso rostro, buena presencia, maneras finas, dotes comunicativas, histrionismo) cuyos propósitos coinciden de un modo en verdad alarmante y sospechoso, vivan en Europa, en América o en Estados Unidos: “la Revolución”, aseguran estos individuos, está dando pasos concretos para eliminar sus errores y ofrecer a los cubanos una salida digna que el capitalismo no puede ofrecer.

Ciertas adecuaciones en la estrategia de estos comisarios culturales son visibles. Todas estas circunstancias externas, ligadas al miedo del que los creadores cubanos en la isla no han logrado sacudirse, a los oportunismos y la falta de información que rompa ciertos conceptos erróneos arraigados en sus cabezas, creándoles una dependencia sumisa hacia la Política Cultural de la Revolución, muestran una realidad atrincherada en lo ideológico que niega cualquier idea de cambio: las editoriales concentran aún más el monopolio de lo que se publica, aplicando la gastada pero efectiva política de permitir aquellas obras que “jueguen con la cadena sin darle muchos tirones al mono”; los “pensadores” proponen una revisión del socialismo desde dentro, pero a partir de una “reinterpretación más objetiva” del marxismo; los historiadores oficiales han despertado los viejos fantasmas del anexionismo y de la bota “yanqui” sobre la cabeza del pueblo cubano, e intentan crear un nuevo discurso nacionalista para contrarrestar el agujero negro que ha creado el hecho de que el enemigo de cinco décadas, Estados Unidos, llegó incluso a actuar como un amigo consentidor; la crisis económica que afecta al país justifica que sólo se patrocinen ciertos (y cada vez más pocos) proyectos culturales, y los elegidos para recibir ese financiamiento son “por casualidad” los que más sirven al régimen para su propaganda; las relaciones de intercambio cultural con cualquier país tienen que cumplir los condicionamientos político-ideológicos del Gobierno; la prensa sigue ofreciendo el mismo discurso de trincheras de los peores años de la Guerra Fría, pese a los intentos de algunos sectores del periodismo joven que tiene que conformarse con hacer presencia en la blogosfera oficialista, siempre controlada por los censores para evitar que vayan más allá de lo oficialmente permitido; en los

últimos tiempos, a través del proyecto ALBA Cultural, siguen siendo mecanismos de control la concesión de publicaciones y viajes pagados fuera de la isla a los artistas, escritores, intelectuales y funcionarios de la cultura que se manifiestan fieles a la ideología “revolucionaria”; la Policía política continúa inflando la atmósfera de miedo entre los creadores en Cuba, sobre todo entre aquellos que suelen viajar al exterior y tienen contactos con proyectos o exiliados considerados enemigos, y resulta vergonzoso ver la pasividad con que la mayoría de los artistas y la intelectualidad de la isla permite que se censure y reprima a sus colegas; las ferias internacionales se han politizado hasta el punto de convertirse en mecanismos perfectos de propaganda ideológica del régimen; los proyectos independientes, sean de la oposición o desvinculados de cualquier grupo político, son asediados, amenazados y obligados a doblegarse o desaparecer; sigue existiendo un listado de miles de creadores exiliados que tienen prohibido visitar la isla, pese a que supuestamente ya todo cubano puede entrar y salir con libertad del país, y se mantiene una resistencia oficial (relegada a una ominosa dilación mediante enrevesados mecanismos burocráticos y de espera de respuesta de la jerarquía política) hacia exigencias legales que permitirían a los creadores mayores libertades y protección jurídica, como la Ley de Cine, en cierta medida, la más reciente y sostenida “rebelión” intelectual en la isla.

Una estocada muy fina contra la independencia de pensamiento y creación fue la promulgación del Decreto 349, que establecía oficialmente en carácter de ley un grupo de normas y conceptos de control estatal en la esfera de la cultura que habían sido esgrimidos a lo largo de años por los comisarios culturales. En simples palabras, la represión practicada extraoficialmente convertida y estipulada en ley, con lo cual quedó creado el perfecto mecanismo para transformar en delito una serie de manifestaciones creativas, artísticas e intelectuales que, curiosamente, eran los únicos espacios de independencia y oposición cultural aún “tolerados”. Dicho decreto se impuso, pese a que por primera vez en la historia de la cultura “revolucionaria” se produjo un consenso crítico entre protagonistas de la cultura opositora (la artista plástica Tania Bruguera, el escritor Ángel Santiesteban, el cineasta Juan Carlos Cremata, el pintor Pedro Pablo Oliva, por sólo citar algunos) y figuras oficialistas como Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Antón Arrufat o los cineastas que protagonizaron la campaña para

exigir la Ley de Cine antes citada en este capítulo. A los comisarios culturales y poder político no les importaron, una vez más, los llamados de atención de quienes serían precisamente las víctimas de las limitaciones de opinión, creación y afiliación social impuestas por este bochornoso decreto.

Las violaciones derivadas de estas estrategias persisten:

- Se procesa judicialmente a raperos contestatarios, muchos de ellos pertenecientes a la Unión Patriótica de Cuba (UNPACU), o a otros grupos artísticos opositores, siendo los casos más notorios el de Maiquel “El Osokbo”, autor de canciones con fuertes críticas al castrismo, y el del artista del performance Luis Manuel Otero Alcántara, en huelga de hambre en la ergástula cubana en momentos en que se escriben estas líneas.
- Se intenta criminalizar y desprestigiar proyectos culturales independientes, resultando los más atacados el Instituto Hannah Arendt, de Tania Bruguera, y el Movimiento San Isidro, de los artistas Yanelys Núñez y Luis Manuel Otero Alcántara.
- Se utiliza a figuras reconocidas y respetadas por la población cubana para difundir mensajes minimizadores de los graves errores cometidos por el llamado Programa Cultural de la Revolución, como ha ocurrido vergonzosamente con músicos cubanos que se han manifestado, personal y artísticamente, contra el impacto nacional y mundial de la canción “Patria y vida”, convertida en himno del descontento social en las manifestaciones populares del 11 de julio de 2021 en Cuba y ganadora del Premio Grammy Latino a mejor canción.

Se expulsa de sus centros laborales a creadores por sus vínculos con artistas y proyectos de arte independiente o por sus incursiones críticas a la realidad cubana utilizando los medios estatales, siendo los casos más escandalosos la expulsión de la artista Claudia Genlui de su cargo de directora del proyecto cultural oficialista Factoría Habana, adscrito a la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, y el despido del actor Andy Vázquez, uno de los protagonistas del popular programa humorístico “Vivir del cuento”.

- Se controla el accionar y el decir de los creadores extranjeros que deciden participar en

eventos oficiales en la isla, resultando el caso más sonado el de la cineasta costarricense Ishtar Yasin, a quien se le impidió participar en el Festival Internacional de Nuevo Cine Latinoamericano, por haber proyectado algunas de sus obras en el Festival Alternativo de Cine INSTAR, como se ha dicho, proyecto de alcance internacional de la artista Tania Bruguera.

- Se persigue y denigra secreta y abiertamente a figuras del entorno audiovisual que se separan de la rígida norma permitida en tan poderosos medios como la TV, el teatro y el cine, como sucedió de modo realmente violatorio de toda norma ética y humanista con el cineasta Mario Coyula y la actriz Lynn Cruz, estigmatizados, entre otras razones, por haber proyectado internacionalmente el documental *Nadie*, dedicado a la vida y obra del poeta e intelectual opositor Rafael Alcides, una de las voces más respetadas de la cultura disidente en la isla;
- Se les concede amnistía e inmunidad criminal a delincuentes comunes si aceptan reprimir en los barrios a conocidos intelectuales opositores, como sucedió en 2019 con Rafael Almanza, en Camagüey, a quien incluso amenazaron de muerte sin que la policía haya tomado cartas en el asunto para garantizar la integridad física de este importante poeta, y con el narrador y ensayista Jorge Ángel Pérez, en La Habana, cuyas golpizas, amenazas y abusos de sus vecinos delincuentes se hicieron tan frecuentes y peligrosas que debilitaron la salud de su anciana madre, quien finalmente falleció como consecuencia de las preocupaciones, miedos y crisis emocionales derivadas del acoso cotidiano a su hijo.
- Se utilizan las influencias y contactos internacionales con intelectuales o Gobiernos procastristas para impedir o entorpecer las proyecciones críticas de intelectuales y escritores de la isla o de la diáspora en congresos, ferias y otros eventos literarios, como sucedió en 2014 con los escritores cubanos Wendy Guerra (residente en la isla) y William Navarrete (residente en París), cuando el Gobierno de Evo Morales ordenó directamente impedir su participación en una de las actividades sobre Cuba en un festival li-

terario en Santa Cruz de la Sierra, o, en 2018, al escritor Ángel Santiesteban, cuya presentación en Berlín durante el Festival Internacional de Literatura intentó ser boicoteada por grupos alemanes procastristas incitados por la embajada cubana en Alemania.

- Se sigue satanizando, marginando e impidiendo la publicación y promoción nacional de escritores y periodistas que deciden seguir su camino en la isla lejos de las instituciones estatales, como ha sucedido, citando sólo a los más recientes, con Ángel Santiesteban, Jorge Ángel Pérez, Rafael Vilches Proenza, Rafael Almanza, Dagoberto Valdés, José Gabriel Barrenechea, Yoe Suárez, José Alberto Velázquez, Jorge Olivera, y miembros del independiente Club de Escritores y Artistas de Cuba (CEAC), Abu Duyanah Tamayo (y el grupo Demóngeles).
- Aprovechándose del surgimiento en la isla de un movimiento opositor secreto autodenominado “Clandestinos”, que aboga desde las redes sociales por enfrentar al régimen destruyendo ideológicamente los *tótems* propagandísticos y los tradicionales sectores de poder del régimen (bustos de Martí, fotos de Fidel y otros líderes, delatores en la población, represores de la Policía política, etc.), la artillería oficialista la emprendió mediante un programa televisivo y una amplia campaña en redes sociales contra populares artistas de la diáspora, cuyo discurso está hace mucho tiempo dando contundentes mazazos al muro propagandístico castrista. La acusación no es nada nueva: son “mercenarios de Estados Unidos” y están “financiando la contrarrevolución interna”, siendo el mayor ensañamiento inicialmente contra la artista Ana Olema, y extendiéndose posteriormente al actor Roberto San Martín, al cineasta Lilo Vilaplana y su proyecto cinematográfico “Plantados”, y a la artista cubanoamericana Coco Fusco, por sólo mencionar aquí a los más rabiosamente atacados por el ejército de ciberclarias, que a estos efectos ha creado el régimen en las diversas plataformas sociales en internet.
- Se sigue amordazando la creación artística musical y televisiva, como ha sucedido más recientemente, con capítulos retrasados “hasta negociación” (tijeras censoras median-

te) del programa “Vivir del cuento”, con obras de teatro humorísticas en espectáculos públicos organizados por la Asociación Hermanos Saíz (AHS) y el Consejo Nacional de Artes Escénicas, o la movilización del funcionariado cultural y las ciberclarias para frenar el impacto nacional e internacional de canciones antigubernamentales hechas por artistas cubanos residentes en la isla.

- Se insiste en satanizar (y se persigue y condena judicialmente mediante nuevas leyes que convierten en delito el accionar crítico de cualquier ciudadano en las redes sociales e internet) a miembros de diversas plataformas de pensamiento que intentan “repensar Cuba”, como ha sucedido en 2020 y 2021 con el grupo “Archipiélago” y varios de sus creadores.

Como es fácil deducir de estos casos y de otros muchos que no han sido aquí comentados, no se sostiene la tesis de estos comisarios culturales en la isla o de algunos defensores de la Revolución fuera de la isla de que se trata de “casos aislados” o de “errores cometidos por funcionarios menores”: es parte de una estrategia muy bien elaborada por los comisarios culturales en total coordinación con la Policía política para impedir que la población cubana, altamente consumidora de la gran producción cultural nacional, reciba mensajes “contaminantes” de una ideología y un pensamiento que no sea el que la “Revolución” ha impuesto hace ya más de 60 años.

Bajo el mandato de Miguel Díaz Canel (y mediante la estrategia trazada por sus comisarios culturales que han seguido al pie de la letra sus orientaciones de que “los adversarios del proceso cubano pretenden utilizar la cultura como plataforma de restauración capitalista”,⁹ y aupado por la complicidad oportunista de la Unión Europea y otras muchas naciones del llamado “mundo desarrollado y democrático”, el universo de la cultura insular parece empeñada en hacer un homenaje a lo narrado por Herbert George Wells en su clásica obra *La máquina del tiempo* trasladándose subrepticamente y peligrosamente hacia esos años en que Fidel colocaba su arma cargada encima del podio desde el cual lanzaba aquellos encendidos discursos que hablaban de conquistas y metas..., de un mundo

mejor..., de derechos y libertades..., para todos los cubanos... “dentro de la Revolución”.

Fuera de ese escenario idílico, y repetidamente, como ya lo han hecho durante los últimos años esos mismos comisarios culturales que son los primeros responsables del imperio de miedo y censura que rige en la cultura cubana, el actual “presidente puesto a dedo” Miguel Díaz Canel sigue esgrimiendo el gastado estribillo amordazador que deja establecido que “la Política Cultural de la Revolución es una sola”: aquella que nació en 1961 cuando Fidel Castro anunció la famosa premisa censora “dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, ningún derecho”.

Referencias

- Álvarez Gil, A. (2016). El drama del escritor cubano en el exilio. *Otrolunes*. <http://otrolunes.com/40/otra-opinion/el-drama-del-escritor-cubano-en-el-exilio/>
- Álvarez Gil, A. (2016). “El drama del escritor cubano en el exilio”. *Revista Hispanoamericana de Cultura*.
- Henríquez Lagarde, M. (2020, 16 de enero). Guerra mediática: Las plataformas para la restauración del capitalismo en Cuba. *Cubadebate*.
- Logros alcanzados por Cuba antes de 1959. (23 de Mayo de 2012). *Juventud Resiliente*, pág. 58. <https://juventudresiliente.wordpress.com/2012/05/23/logros-alcanzados-por-cuba-antes-del-1959/>
- Martínez Díaz, M. (8 de Septiembre de 2011). Un leve rasguño en tu memoria. *Habaneceres*. <https://habaneceres.com/2011/09/>
- Nórido, Y. (13 de Julio de 2015). “La política cultural de la Revolución es una sola”, afirma Díaz-Canel. *Trabajadores*. <https://www.trabajadores.cu/20150713/la-politica-cultural-de-la-revolucion-es-una-sola-afirma-diaz-canel/>
- Valle, A. (2020). El mazazo del atontamiento revolucionario. *otroLunes*, (57). <http://otrolunes.com/57/otra-opinion/el-mazazo-del-atontamiento-revolucionario/>
- Viera, F. L. (2015). Entrevista al escritor Ángel Santiesteban-Prats. *Cubaencuentro*. <https://www.cubaencuentro.com/entrevistas/>

articulos/entrevista-al-escritor-angel-santiesteban-prats-323394

Wari. (mayo de 2018). Carlos Franqui, figura fundacional de la revolución cubana: “La ideología de Fidel es el Poder”. *El ciudadano.com*. <https://www.elciudadano.com/politica/carlos-franqui-figura-fundacional-de-la-revolucion-cubana-%E2%80%99Cla-ideologia-de-fidel-es-el-poder%E2%80%99D/05/18/>

Wikipedia. (s.f.). *Heberto Padilla*. Asociación Wikimedia. https://es.wikipedia.org/wiki/Heberto_Padilla

Notas al artículo

1. Puede consultarse ese listado: “Logros alcanzados por Cuba antes de 1959”, en el sitio web “Juventud Resiliente”, o en muchos otros sitios en internet: <https://juventudresiliente.wordpress.com/2012/05/23/logros-alcanzados-por-cuba-antes-del-1959/>
2. Haydée Santamaría (1922-1980) y Melba Hernández (1921-2014) fueron figuras cercanas a Fidel Castro que encabezaban la llamada “Política Cultural de la Revolución”: la primera en la cultura, básicamente al frente de la Casa de las Américas, y la segunda, en la nueva estrategia educacional que monopolizó en manos del Gobierno la Educación en todos sus niveles.
3. Carlos Franqui (1921-2010) escritor y periodista cubano. Protagonista y gestor de los más importantes medios de prensa al servicio del Ejército Rebelde en la Sierra Maestra y, posteriormente, el más cercano hombre de Fidel en el terreno de la propaganda política. En 1968 se convierte en un enemigo de la Revolución al firmar una carta condenando la invasión de la Unión Soviética a Checoslovaquia, invasión que Fidel Castro había apoyado.
4. Entrevista “Tres momentos con Franqui”, comenzada vía telefónica en 1999, luego a través de un amigo común que hizo las grabaciones de las preguntas que se le enviaban desde Cuba y, finalmente, cara a cara en Puerto Rico, 2000. Archivos del Autor.
5. Para ilustrar, un ejemplo: El hoy reconocido poeta de la Generación del 50, Manuel Díaz Martínez, decidió a toda costa mantener su amistad con ese otro gran escritor que fue Severo Sarduy, y en entrevista con el escritor y periodista Luis Manuel García Méndez (“Un leve rasguño en tu memoria”, en: *Cubaencuentro.com*, 8 de septiembre de 2011, <https://www.cubaencuentro.com/entrevistas/articulos/un-leve-rasguño-en-tu-memoria-267917>) cuenta su absurdo personal: «fue un desafío a un régimen que penalizaba a los cubanos residentes en Cuba que mantuviesen relaciones de cualquier tipo, incluyendo las epistolares, con los que habían “desertado” de la revolución y vivían en el extranjero. En uno de los interrogatorios a que me sometieron en el Comité Central del Partido, con motivo de la “microfracción”, me echaron en cara que yo siguiera carteándome con Severo Sarduy a pesar de que él se había quedado en Francia. Según mis interrogadores, ésa era una de las “debilidades ideológicas” por las que me juzgaban. La prueba de que nuestra correspondencia era violada por la Seguridad del Estado la tuve cuando mis interrogadores me mostraron la fotocopia de una carta que le envié a Severo mediante Julio Cortázar, quien se brindó como correo. En este caso, no sólo violaron mi carta sino también las valijas de Julio, registradas seguramente en algún momento en que éste estaba fuera del hotel».
6. Se refiere a los creadores que reciben los Premios Nacionales de Literatura, galardón anual que se concede por toda la vida y obra, mayormente autores que sufrieron la represión en las décadas 60 y 70, a quienes mensualmente se les asigna ese dinero en la moneda convertible cubana, para mejorar un poco su decaído nivel de vida.
7. Santiesteban Prats, Ángel. Entrevista en Archivos del Autor.
8. En 1971 el poeta cubano Heberto Padilla es apresado por la policía política cubana a raíz de la publicación de su poemario *Fuera del juego* y de sus declaraciones críticas contra la Revolución en distintos escenarios de su vida privada. Luego de 38 días de interrogatorios es liberado y obligado a un discurso público de autoinculpación que recordaba el procedimiento de las purgas estalinistas contra los intelectuales en la URSS. Esos hechos provocaron el mayor sismo intelectual entre la intelectualidad de izquierda y la derecha en torno a la Revolución Cubana.
9. “La política cultural es una sola”, *Periódico Trabajadores*, 3 de julio de 2011. Discurso de cierre de Miguel Díaz Canel, entonces vicepresidente cubano Miguel Díaz Canel, quien era todavía solo la figura más visible para sustituir a Raúl Castro, durante los análisis en 2015 de la Comisión de Educación, Cultura, Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente de la Asamblea Nacional del Poder Popular.